

1

## Introducción

LO HABÍAN IMPROVISADO TODO. Menos el lugar. Menos el revólver belga de empuñadura de nácar que Harry había comprado años atrás, sabedor del uso que habría de darle. Enlazados, un tanto achispados, llegaron al apartamento del Hôtel des Artistes que Stanley Mortimer, un viejo conocido, le prestaba a Harry cuando estaba de paso en Nueva York. En el vestíbulo, se sacudieron la nieve, riendo a carcajadas. ¡Qué poco les importaba ya que pudieran reconocerlos!

Harry echó el abrigo y el bastón sobre el sofá, mientras Josephine doblaba cuidadosamente su esclavina y la colocaba en una silla, lo mismo que su *cloché*, como si fuera a recogerlos, impecables, al salir. Aunque ella no tenía la menor intención de marcharse de allí. El saquito que hacía las veces de bolso contenía un billete de dólar, 68 peniques y una barra de labios. Apenas lo necesario para un día en la ciudad. No lo bastante como para regresar a casa en taxi.

Entre dos besos, bebieron un poco de brandy de contrabando. En el cuarto, ella se quitó las medias de seda, y Harry los calcetines, que dejaron al descubierto unos pies asombrosos: las uñas pintadas de un rojo vivo, la planta del pie derecho tatuada con un Cristo en la cruz, la del izquierdo con un sol pagano. Unos pies prodigiosos.

Se acurrucaron el uno junto al otro, sobre la cama, en silencio. A la espera de que se disiparan los vapores del alcohol. A recobrar la lucidez. Nada debía interferir en aquel encuentro que Harry llevaba años imaginando. Durante un buen rato, escucharon caer la nieve. Recubría Central Park apagando el estruendo de Nueva York. La agitación del mundo venía a morir contra los grandes ventanales, dejándolos solos, el uno con el otro.

Josephine esperaba, más pálida que la orquídea prendida de su corsé. Dobló el brazo para agarrarle una mano y dejarse llevar, con la cara vuelta hacia él. Su aplomo asombraba a Harry. Sintió que una oleada de emoción lo inundaba, capaz de sumergirlo, entonces susurró a la caracola de su oído: «Devoremos juntos el fuego con que los demás han soñado...». Acarició la frente tersa, los pómulos salientes, el mentón firme, con una ternura que había creído perdida; los nervios se habían calmado de repente. Ella le sonrió, como diciendo: «Ahora todo depende de ti, amor mío». Ni siquiera pestañeó cuando él colocó el cañón sobre su sien, que latía despacio. Mantuvo los ojos abiertos, fijos en los suyos. Luego su mirada se apagó para siempre.

Él hubiera podido matarse enseguida. Pero deseaba mantener el control sobre su propia muerte. Morir en el momento justo, donde fuese, en una mina de carbón, en una calle abarrotada de gente, en las dunas del desierto, desde la comodidad de un bar de copas o los corredores perfumados del Ritz, eso daba igual. Lo único que importaba era el instante preciso en que el alma, el cuerpo, el espíritu, los sentidos se

concentraban hasta quedar reducidos al tamaño de la cabeza de un alfiler.

Esperó dos horas.

Luego dejó caer el Anillo del Sol de su dedo. Le había prometido a Caresse que nunca se lo quitaría; sin embargo, agarró un pesado cenicero de cristal de la mesilla de noche y lo aplastó con todas sus fuerzas. El talismán cayó, rebotó en la alfombra y desapareció bajo la cama.

Echó un último vistazo al cuarto, sin emoción particular. Se volvió hacia su compañera, pasó el brazo bajo el cuello delicado, bajo los hombros ligeros, y puso su mano en la suya. Parecían una pareja murmurándose confidencias al oído momentos antes de caer en un profundo sueño. Por última vez, rozó los labios frescos. «Comienza la eternidad, la paladeamos, está ahí, al cabo de un beso.»

El 10 de diciembre de 1929, a las siete de la tarde, a la edad de treinta y dos años, Harry Crosby murió como había escrito: «La vida no termina con un gemido, sino con un bang. Con una explosión mecánica, violenta, perfecta»<sup>1</sup>.

2

Boston 1917

HAY PLACERES que pierden a fuerza de repetición. Pero el que experimenta Stephen Crosby al almorzar en su club, esa sensación reconfortante de pleno disfrute en el lugar más selecto de la ciudad, permanece intacto a pesar de los años. Aquel día, como los anteriores, este miembro eminente del Somerset Club se ha puesto cómodo, con la presencia de espíritu que ha animado su fundación, medio siglo antes, en 1852, cuando la aristocracia de ascendencia bostoniana, protestante, indignada por las primeras intrusiones de irlandeses en Boston y sus instituciones, creó este club reservado a seiscientos elegidos de buena cuna, ni uno más ni uno menos, todos por votación. Parapetados en el número 42 de Beacon Street, en el edificio fortaleza de doble ventanal y salones ovalados, los Cabot, los Lodge, los Lowell, los Peabody, los Grew y otros Abbot escapaban de la horda celta paladeando en una intimidad aterciopelada el brandy bien cargado y los puros cubanos. Sus herederos todavía perpetúan esta tradición\*.

La perspectiva de volver a casa, en el 95 de la misma calle, dando un rodeo, supone para Stephen Crosby

---

\* El espíritu perdura. En los años sesenta, John Fitzgerald Kennedy confesará a un amigo: «¿Sabes que un irlandés católico no puede ser admitido en el Somerset Club? Si volviese a Boston, a pesar de haber sido presidente, sería lo mismo».

una segunda fuente de placer tan agradable como la primera. Digan «Beacon Street» a cualquier bostoniano y verán cómo se ilumina en sus ojos un destello de envidia. Como si la avenida más bella de Boston dominara la ciudad igual que el Annapurna, y el simple hecho de vivir en ella fuese motivo de orgullo. Lo cierto es que no hay nada más grato a la vista que esas hileras de casas elegantes, con sus escalinatas de piedra tras los enrejados, sus fachadas de ladrillo rojo y sus miradores imponentes, tan característicos de Back Bay.

Apenas medio siglo antes, el barrio más exclusivo de Boston languidecía en mitad de un pantano. Habría que esperar treinta años de trabajos titánicos para que el dinero de las propiedades de terratenientes, el dinero de la pesca, del comercio, de la lana, del algodón, de la banca, del carbón y de las minas se transforme como por arte de magia en aquellas fachadas de armoniosa austeridad, tras las cuales reina la opulencia. A salvo de las miradas. Pues, entre las numerosas normas que rigen la sociedad de Nueva Inglaterra, la más implacable de ellas quiere que la riqueza sea un fardo que uno ha de soportar pudorosamente. Los mandarines de la ciudad enseguida desertaron de sus residencias de Beacon Hill para adueñarse del confort de Back Bay, un confort que tiene mucho que ver con la aparición de las lámparas de gas que empiezan a iluminar la noche por aquel entonces.

La casa de los Crosby es la más majestuosa. En la parte trasera, el parque abre sobre el espléndido panorama del río Charles. Al caer el sol, una luz anaranjada baña los campanarios de madera de Cambridge, que despuntan en la otra orilla, y los mástiles de los

barcos dibujan una caligrafía misteriosa en el horizonte. Cuando en invierno el río se congela lo bastante, toda la familia baja a patinar sobre el hielo.

Aquella tarde de abril de 1917, Stephen Crosby no tiene nada de un *flâneur* satisfecho. Este *gentleman* delgado y enjuto, de aspecto impecable, sombrero de copa y polainas grises, camina deprisa por las aceras atestadas de gente, el *Transcript* sobresaliendo del bolsillo de su abrigo. No oye el sonido alegre de los tranvías, cuyos timbres resuenan en la brisa fresca, sólo la voz de los vendedores de periódicos que corren con sus paquetes bajo el brazo desgañitándose al repetir los titulares del día: «¡Estados Unidos envía tropas a Europa!». La guerra enciende los ánimos de América, e incluso del Somerset, donde ahora levantan la voz y se quitan la palabra.

Absorto por este asunto de hombres, apenas ve a Cook, su mayordomo, que le abre la puerta, lo saluda y recoge el abrigo. Atraviesa el amplio vestíbulo sin percibir tampoco la profusión de orquídeas y camelias que lo adornan, señal de un hogar consagrado a los ramos exóticos donde salones, comedor y dormitorios se hunden bajo el peso de las flores. Su pasión botánica le vale a la señora Crosby repetidas alabanzas en las páginas de sociedad del *Transcript*.

El visitante que entrase en el número 95 de Beacon Street por primera vez se quedaría impresionado por el lujo de la vivienda. Cada mueble es una pieza de colección victoriana. La alta cultura se expresa en los veladores, los sofás y las consolas escogidos por Henrietta Crosby, en los retratos de antepasados y las fotografías que recubren las paredes. Además de varios

salones y un jardín de invierno, la planta baja posee un salón de baile lo bastante grande como para recibir a ciento cincuenta personas. Sin duda, el visitante calificaría de «rareza» una coquetería de la dueña de la casa, que –hecho excepcional– se ha dejado llevar por la moda del momento: el salón chino de la primera planta. Esta habitación peculiar de techos artesonados y esmaltados, alfombra negra, papel pintado de flores exóticas, cama lacada en negro y paneles de flamencos rosas que tratan de dar brillo al conjunto, todavía guarda el eco de los gritos alborotados de los dos niños, Harry y su hermana, la pequeña Kitsa, que hacen estallar sus globos de agua, para gran disgusto de su madre.

Stephen sabe que en la primera planta, en la biblioteca, ante la mirada autoritaria de su antepasado el general Van Rensselaer, retratado de pie, le espera una escena que ha visto mil veces y que no deja de complacerle. Rodeado de montañas de libros, Harry, tumbado sobre el diván de cojines de plumas, reposa la cabeza sobre las rodillas de Henrietta dejándose acunar por la voz musical que lee la Biblia, *Ivanhoe* o cualquier novela de aventuras de moda entre los muchachos de su edad. Stephen sabe también que con su llegada pone fin a esos momentos de complicidad y que nunca, a pesar del amor que siente por él, podrá tocar de manera tan íntima el alma de Harry.

Pero aquel día descubre un espectáculo poco habitual. Sentada en la orilla de un sillón, al límite de la crispación, Henrietta trata de refrenar las palabras de su hijo. Harry es todo movimiento. Va de aquí para allá dando vueltas por el cuarto, gesticulando, y esa

costumbre suya de agarrar el aire entre las manos al hablar acompaña el caudal atropellado de sus palabras. La llegada de su padre no interrumpe el torrente de explicaciones. Hablan de Estados Unidos, de Alemania, de la guerra, de forma vehemente, entrecortada, incoherente casi; Stephen alcanza a comprender, sin embargo, que Harry quiere marcharse al frente con las tropas americanas. «Tonterías», repite Henrietta. Harry está terminando su último año de instituto en Saint Mark's y se prepara para entrar en Harvard. Es demasiado joven. Nada debe interrumpir el curso de los acontecimientos. La buena de Henrietta. Por mucho que suplique, respaldada por Stephen, ninguno de los dos podrá hacer nada contra la fiebre que anima a su hijo, lo mismo que a sus camaradas. La guerra acaba de irrumpir en los campus, poniendo fin a la inflexibilidad de Saint Mark's, barriendo de un plumazo los planes de futuro. La juventud americana llevaba meses reprimiendo su cólera, ardía de vergüenza por las moratorias de Wilson, que mantenía la neutralidad de América, mientras que el resto del mundo entraba en guerra. Una vez declarada, las universidades se inflaman. Los profesores, tan enfervorecidos como sus alumnos, predicán un patriotismo más bien abstracto. Antiguos alumnos de regreso de zonas de combate dan su testimonio ante un auditorio en vilo. Es —dicen— un conflicto monstruoso, inimaginable. Harry quiere marcharse en el primer barco. Sus ojos centellean.

A sus dieciocho años, Harry Crosby posee una belleza que impresiona. El rostro alargado y la frente alta serían dignos de una escultura. Lo primero que llama la atención es la mirada. De un verde jaspeado

de oro, sería, parece ver lo que su interlocutor preferiría ocultar. La boca, larga coma espiritual, tan pronto parece dispuesta a elevarse en una sonrisa como a curvarse en cuanto algo le desagrada. Con él, es todo o nada. Y al momento. No conocerá la tibieza, los quizá, los para qué. Es un muchacho peculiar. Hasta en el peinado. A diferencia del pelo aplastado y separado en raya de moda entre los estudiantes anglosajones, Harry exige al barbero familiar un corte aerodinámico, extremadamente corto. Anuncia la época negra, la era del jazz. ¿De dónde le viene la belleza? Sin duda, de un lejano antepasado danés. Sin ser fea, Henrietta posee un físico vulgar, sus encantos son otros, residen en su calidez y su curiosidad de espíritu. En cuanto a Stephen, rígido, gruñón, mezquino, parece el resultado de un esbozo apresurado cuyos rasgos, afirmados, ampliados, resplandecen en el rostro de su hijo. Una cosa es segura: la originalidad que marca ya el carácter del joven no le debe nada a sus progenitores; los Crosby se estremecerían de horror ante la sola idea de alimentar un rumor. Encarnan a la perfección la espiritualidad de Boston, que «temía el escándalo más que a la enfermedad, que ponía la decencia por encima del valor, y que consideraba que nada era de peor educación que las ‘escenas’»<sup>2</sup>.

Harry Grew Crosby nació el 4 de junio de 1898, en Boston, Back Bay, bajo el signo de Géminis. El signo de los seres efervescentes, sembrando a los cuatro vientos ideas, sueños, desafíos. Pero ni a Henrietta ni a Stephen Crosby les interesan lo más mínimo las ascendencias astrales. Ellos creen en el poder definitivo

de la abundancia material y en los privilegios de clase. Harry, el primogénito, su único hijo varón, colma las expectativas de los Van Rensselaer Crosby de Albany, familia de origen danés que levita en lo más alto de la pirámide social desde tiempos inmemoriales. Las de los Grew, su familia materna, de la alta nobleza bostoniana, son también categóricas. El matrimonio de Jessie Marion Grew, la hermana de Henrietta, con John Pierpont Morgan Jr., apodado «Jack», primera potencia financiera de América, el banquero que reina en Wall Street, hace del clan Grew-Morgan una tribu poderosa y temible.

La sangre que corre por las venas de Stephen no vale menos que la de su esposa. Su estirpe figura en cualquier acontecimiento destacado de la historia americana, a la cabeza. La rama materna recibió del Gobierno danés, en 1629, un territorio de una veintena de millas a orillas del Hudson, un regalo aderezado de una serie de derechos señoriales. Aunque no estaba obligada, administró sus tierras como un ducado. La *troupe* Van Rensselaer contará más adelante con algunos personajes notables, como el famoso general del retrato, último *patroon*\* del Hudson. O Alexander Hamilton, ayuda de campo de George Washington, y más tarde uno de los firmantes de la Constitución americana, que murió en un duelo a orillas del Hudson. En cuanto a la rama paterna, Philip Schuyler fue

---

\* En el siglo xvii, los directores de la Compañía danesa de las Indias Orientales recibieron vastos territorios a orillas del Hudson, con la condición de instalar allí a cincuenta colonos por territorio durante un período de cinco años. Estos dirigentes fueron bautizados como «patroons». Familias y tierras eran entera responsabilidad suya.

senador de Estados Unidos y firmó la Declaración de Independencia. Con respecto al padre de Stephen, el coronel John Schuyler Crosby, brilló en el ejército del Potomac, y luego en la caza de indios, al lado de Sheridan y de Custer. Una vez retirado en Albany, en el estado de Nueva York, el coronel Crosby se casó con una Van Rensselaer, que dio a luz a Stephen, también a orillas del Hudson, río tutelar de esta tribu nórdica.

Una vez al año, por Acción de Gracias, Ned Grew, el tío materno de Harry, logra lo impensable: reunir a las familias políticas en una gigantesca fiesta donde algunos de los invitados, a pesar de su parentesco, descubren que no se conocen. Harry se siente subyugado ante la aparición de su abuela Van Rensselaer, exhumada de Albany para la ocasión, grande y seria, los nervios a flor de piel, una silueta lúgubre vestida de negro de pies a cabeza. Un aura mortífera emana de la vieja aristócrata. La misma aura que exhalará un Harry de rostro esquelético, vestido de traje y camisa oscura, a medida que avance hacia el final de sus días.

A ojos de la sociedad bostoniana, Stephen Crosby es un extranjero. Y los estudios en Saint Mark's, después en Harvard, el matrimonio con uno de los grandes apellidos de la ciudad, la amistad con el expresidente Theodore Roosevelt no cambian las cosas. Stephen es un banquero respetado, asociado al gabinete de inversiones Mosely, pero el Somerset Club nunca debería haberle abierto sus puertas. Su elección en el santuario de los santuarios es prueba suficiente de la calidad de sus orígenes y su sumisión a las normas de este mundo doméstico, aunque, en su caso, los orígenes vikingos salgan a relucir a la mínima de cambio.